

Por una civilización de la confianza

Burhan Ghalioun*

RESUMEN

Para el autor el mundo en descomposición es el origen de la desconfianza: descomposición en el aspecto social, político y económico. Sin embargo, ve una posibilidad de restauración de la confianza a través de la toma de conciencia de la importancia del concepto de capital inmaterial y su papel decisivo en la reproducción del sistema social e internacional. Un segundo elemento es la emergencia, al margen del proceso de integración globalizadora, de una sociedad mundial real y solidaria. El fracaso del sistema de relaciones internacionales frente a los desafíos de la mundialización, aunque sea agravando el déficit de confianza, hace nacer una esperanza en un mundo mejor y favorece el desarrollo de una conciencia colectiva común transnacional con impulsos solidarios y convergencias de intereses cada vez más poderosas.

EL ORIGEN DE LA DESCONFIANZA: UN MUNDO EN DESCOMPOSICIÓN

La restauración de la confianza ha sido el tema central del XXXIII Foro Económico Mundial y de los 3.000 “grandes decisores políticos, económicos y religiosos” que lo componen, reunidos en Davos, Suiza, del 23 al 28 de enero de 2003. Para los representantes de la economía y de las finanzas mundiales, la restauración de la confianza o “*building trust*”, perdida ante los inversores, sus empleados y sus clientes, “sin la cual el mundo no puede tener ni seguridad ni prosperidad”, constituye el primer objetivo a alcanzar en los próximos años.

*Director del Centre d'Études sur l'Orient Contemporain. Profesor de Sociología Política,
Université de la Sorbonne-Nouvelle, Paris
ghalioun@free.fr

Pero, la pérdida de confianza está igualmente afirmada en los militantes de la otra cara de la moneda, los del Foro Social de Porto Alegre, que decidieron reunirse en las mismas fechas para proclamar a gritos su desconfianza frente a las políticas neoliberales. Reuniendo a más de 100.000 personas, entre las que se encontraban 5.000 representantes de organizaciones civiles, procedentes de 120 países, los antiglobalización, que no se cansan de discutir desde hace años sobre las alternativas socioeconómicas, el papel de la Organización Mundial del Comercio (OMC), la propiedad intelectual, el acceso a los medicamentos, el problema de la deuda, los precios de las materias primas, la fuga de capitales y los paraísos fiscales, han encontrado en las amenazas de guerra que se cierren sobre el planeta y en primer lugar sobre Irak nuevos argumentos para incorporar en su habitual agenda de debate.

Al margen de estos debates, no cabe duda de que el hecho más significativo de nuestra época es la erosión de la confianza, por no decir la pérdida sin más de ésta. Ese mal al que nos vemos enfrentados sin atisbar todavía la mínima esperanza de encontrarle un remedio, es visible en todos los países, ricos y pobres, y afecta de igual modo a las relaciones sociales y a las relaciones internacionales. En opinión de Klaus Schwab, fundador de la institución con sede en Ginebra, a lo largo de toda la historia del Foro Económico Mundial, la coyuntura nunca ha sido tan singular en términos de complejidad, de fragilidad y de vulnerabilidad respecto a la situación mundial.

Asimismo, no cabe duda de que esta pérdida de confianza de la que nos quejamos es consecuencia de los rápidos cambios que ha experimentado y que sigue experimentando, cada día más, nuestro mundo actual. La globalización, con la aceleración de la historia que la acompaña, la apertura del espacio mundial, el fin de la Guerra Fría, la caída del Imperio soviético, todo ello conmociona tanto nuestras formas de ver como las realidades a las que estábamos acostumbrados. Nos priva, de esta forma, a los hombres de la calle, intelectuales, operadores económicos o responsables políticos, de los conocimientos, de los métodos, de las formas de hacer “confirmadas” sobre las que acostumbramos a apoyarnos para orientarnos y para controlar nuestro mundo exterior. Nos deja muy poco margen de maniobra sobre las realidades que, por otra parte, no dejan de tendernos trampas, situándonos a todos ante el reto de improvisar en un entorno geopolítico, político, económico, social, cultural y espiritual en plena mutación. Como todo periodo de transición, la globalización es sinónimo para todos, Estados, sociedades e individuos, de incertidumbre, de vulnerabilidad, de precariedad, de complejidad y de especulación.

La vulnerabilidad geopolítica

En el plano geopolítico, tras el derrumbe del comunismo, ha prevalecido el sentimiento general de que, al haber desaparecido la antítesis del capitalismo, éste se quedaba sin rivales. El mundo parecía abrirse entonces a un periodo de prosperidad, de paz duradera, de democratización y de desarrollo más equitativo.

Pero, muy pronto, esta perspectiva de prosperidad, de pacificación de las relaciones internacionales, de democratización y de desarrollo, se tiñe de los más preocupantes matices. En lugar de la prometida paz mundial, los conflictos se han multiplicado y se han hecho más sangrientos. Tras las guerras de purificación étnica en África, el colapso de las antiguas repúblicas socialistas de Europa del Este y la fragmentación de los Balcanes, le toca el turno a Oriente Medio y al mundo musulmán. La primera guerra dirigida por una coalición internacional contra Irak, la liquidación por las armas del régimen Talibán en Afganistán, la globalización del terrorismo, todo ello abre la puerta a las estrategias de las guerras globales. Así, se elabora el concepto de la guerra mundial contra el terrorismo, cuya primera víctima será sin duda el pueblo palestino que confiaba en salir de la Conferencia Internacional de Madrid de 1991 con una solución política al conflicto israelo-palestino. Dirigida por una extrema derecha israelí sin complejos, la guerra que Tel Aviv hace padecer a los palestinos, con el consentimiento o el silencio total de las cancillerías y de las instancias competentes de Naciones Unidas, ya nos da una idea de las perversiones posibles de esta primera guerra global, es decir de la guerra mundial contra el terrorismo. Pero Israel no es el único Estado que recurre al programa de lucha contra el terrorismo para solucionar a su modo el problema colonial en Palestina, es decir intentando deshacerse por todos los medios del pueblo cuyo territorio ocupa, y también de los regímenes árabes y de otros que sólo se mantienen por la fuerza y gracias al apoyo de potencias extranjeras. Para estas últimas, la guerra contra el terrorismo ha brindado una ocasión inesperada para arreglar cuentas con oposiciones que empezaban a surgir con determinación. Sin embargo, es la segunda guerra americana contra Irak la que nos ilustra más sobre los designios de esta guerra antiterrorista, aprovechada por Washington para instaurar un nuevo orden mundial, hecho a su medida y con el único objetivo de servir a sus propios intereses. La guerra que los Estados Unidos de América han declarado a Irak en 2003, tras once años de embargo impuesto en nombre de Naciones Unidas, que ha causado más de 1,5 millones de víctimas debido al fuerte deterioro de las condiciones alimentarias y sanitarias, deja bastante clara la nueva regla con la que la hiperpotencia quiere sustituir a la regla que regía en el pasado el mundo de la Guerra Fría.

La fragmentación de los estados, la multiplicación de los conflictos, el recurso automático a la fuerza, el desprecio del diálogo, la voluntad expresa de anular al adversario por todos los medios para hacerse con sus recursos, como lo demuestran muy bien el caso de Palestina y el de Irak, suponen el desvanecimiento de cualquier esperanza de paz. Todo ello pone de manifiesto, en efecto, que las guerras que se hacen en nombre de un nuevo orden mundial fundado, como lo habíamos esperado en un momento de ilusión, en la aplicación de la ley y en el respeto de los derechos, sólo han sido capaces de arrastrar al mundo hacia más anarquía y caos.

En efecto, esta trivialización de la guerra, fomentada por elites corruptas, por la manipulación de la información, por la instrumentalización de la ciencia y de la técnica, todo ello encubierto por un silencio global, conduce directamente a la generalización del terror.

La globalización de las políticas de confrontación que suscita la RAM, “revolución en los asuntos militares”¹, no deja a ningún Estado o pueblo en paz o incluso al margen. Hace un llamamiento al compromiso de todos, dinamitando el propio concepto de la no alineación y del movimiento de los países no alineados. Toda guerra, con independencia de su importancia, compromete hoy en día al mundo entero. Es asunto de todos.

De esta forma, la globalización no se limita a la integración de los mercados y al libre intercambio de mercancías; globaliza también la guerra y abre la puerta a todo tipo de exacciones. Ya no son únicamente los estados los que están en el punto de mira, sino también los pueblos, las poblaciones anónimas, los territorios, las culturas y las creencias de la gente corriente. Hace que planee el espectro de un mundo donde el bandolerismo de los poderes impone la ley.

Las nefastas consecuencias de estas guerras son visibles en todo el mundo. Ponen en cuestión la lógica dudosa de un nuevo sistema según el cual la globalización, al fomentar el comercio, favorece el desarrollo, que suscitaría a su vez la interdependencia susceptible de constituir una garantía para la paz. Sin embargo, en lugar de la paz generalizada prometida por un orden global neoliberal, se impone la guerra de civilización. La tesis pesimista del profesor de relaciones internacionales S. Huntington que predecía un choque entre las culturas, que por otra parte no tardaría en hacerse realidad, sustituye rápidamente a la tesis optimista, incluso triunfalista del fin de la historia, defendida por el filósofo americano F. Fukuyama.

Nuestro mundo de después de la Guerra Fría no aborda el tercer milenio más unido, sino más dividido. No es más consciente de los grandes déficits materiales y morales que debe colmar, sino que está más cegado por su tecnología. Frente al espectáculo cotidiano de asesinatos, homicidios, bandolerismo de Estado e incesante ruido de sables, no se ve salida alguna. Se trata de un mundo desesperado, desmoralizado y que duda de sí mismo. La frágil confianza que todavía encarnaban las instituciones internacionales, empezando por la Organización de las Naciones Unidas, ya está en gran medida rota por la última guerra del Golfo y con ella todo espíritu y voluntad de reconciliación. Porque, ¿qué hacer cuando un Estado decide, contra el mundo entero, controlar los recursos de un país, miembro de la Organización de las Naciones Unidas, sin que nadie pueda detenerlo!

La precariedad social

Lo mismo ocurre en lo que se refiere a nuestro nuevo entorno social. Contrariamente a las promesas hechas, el fin de la Guerra Fría no ha dado paso a un periodo de estabilidad y por consiguiente de prosperidad. No ha puesto fin a la carrera armamentista, ni al derroche de capital humano y natural. No ha favorecido un desarrollo más armonioso ni más equitativo, ni ha puesto de manifiesto una mayor solidaridad entre las naciones, los pueblos y las comunidades. Ha sorprendido a las sociedades humanas en todo el mundo por un estancamiento más duradero en la crisis económica y por un creci-

miento que no deja de aumentar la distancia que separa a las naciones. No ha promovido un mejor reparto de las riquezas y de los frutos del crecimiento sino que, por el contrario, ha hecho más profundo el abismo que separa a los grupos sociales en el seno de una misma nación.

Las sociedades de la posguerra fría ofrecen, más que nunca, el espectáculo del mismo malestar de disparidad y de precariedad. A la vez que en los países del Norte se echa a la calle a los obreros y a los empleado que han servido fielmente a la misma empresa durante décadas, por razones de fusión-deslocalización, las guerras civiles, las enfermedades transmisibles, el paro y la pauperización, la explotación de los niños y de las niñas, son moneda habitual en las sociedades del Sur. En América Latina, los campesinos son expulsados de sus tierras por la competencia de la agricultura industrializada, con el apoyo de los paramilitares, mientras que Oriente Medio está sumido en guerras devastadoras en las que lo que está en juego, desde el punto de vista político y estratégico, no tiene nada que ver con las necesidades de desarrollo o del establecimiento de la paz y de la democratización.

La exasperación política

El mundo político no va mucho mejor. En todas partes, el tejido social parece estar desgastándose. El espíritu del cuerpo tribal, confesional, étnico y de clan se refuerza significativamente en detrimento de la ciudadanía. El propio Estado es a menudo víctima de las redes de poder y de intereses y ya no desempeña su papel de mediador entre los diferentes grupos de interés. El descrédito del mundo político aumenta a medida que se amplía el abismo que separa a los pueblos de las elites dirigentes, a medida que crece la corrupción de los cuadros políticos y administrativos y el vacío ideológico debido a la crisis de las ideologías clásicas, nacionalistas, liberales, socialistas, racionalistas, laicistas, etc. que han animado nuestros debates intelectuales durante más de dos siglos, dejando a los individuos sin orientaciones ni convicciones.

En efecto, detrás de la expansión de los mercados financieros y la movilidad del capital, la difusión de la información y de la tecnología, así como la consolidación del monetarismo, no nos esperaba el fin de las luchas políticas e ideológicas, como se había prometido, sino por el contrario la emergencia de un nuevo orden político global en el que todas las relaciones de solidaridad, de igualdad y de libertad, comunitarias, nacionales, del Estado, regionales, culturales y locales se ven sacudidas y corren el riesgo de romperse bajo la exigencia de un presente que quiere afirmarse como global y que no asume ni pasado ni futuro. Y, aunque sus líneas de fractura no están todavía bien definidas, no cabe duda de que ese orden político, lejos de favorecer el equilibrio, la paz y la estabilidad, opone el principio de justicia al de libertad, la ética de responsabilidad a la ética de disfrute, la regla del derecho a la de la fraternidad.

De esta forma, un sondeo efectuado entre 34.000 personas en 46 países, encargado por la fundación del Foro Económico Mundial, no podía dejar de poner de manifiesto la

creciente pérdida de confianza en las instituciones, en particular en las instituciones políticas. Aproximadamente dos terceras partes de los individuos interrogados consideran que las autoridades de sus países no gobiernan en función de las aspiraciones populares.

La incertidumbre económica

A la creciente vulnerabilidad de nuestro entorno geopolítico, a la precariedad de nuestro universo social y a la exasperación de nuestro mundo político se suma la incertidumbre de nuestra situación económica. Las crisis se repiten –México, Tailandia, Indonesia, Corea, Japón, Argentina–, el aumento de la precariedad, de la exclusión y de la influencia de las mafias en todos los continentes, incluida Rusia, ha erosionado la confianza de todos los operadores económicos. La incapacidad de relanzar el crecimiento y la crisis de los mercados financieros refuerzan la convicción de que se trata de una crisis económica estructural y hacen que se cierna una profunda duda en cuanto a la solidez de la nueva economía. Aparentemente más impotentes que nunca a la hora de hacer previsiones e incapaces de frenar los efectos de una crisis que dura desde hace varias décadas, las estrategias neoliberales ya no infunden confianza. Se ven atacadas incluso en su propio bastión americano.

Atacando el modo en que la Administración americana está gestionando la crisis, Joseph Stiglitz considera que el dogmatismo liberal, impulsado por el juego de los intereses a corto plazo de los inversores de Wall Street, constituye la causa de la mayoría de las catástrofes capitalistas de los años noventa. Así, cuando la crisis financiera se extendió, las autoridades liberales recomendaron la fusión de los bancos, lo que se hizo aplicando las tarifas de las grandes empresas de Wall Street especializadas en fusiones. Y para que el FMI pudiera recuperar los préstamos concedidos para que se realizaran las fusiones, los pueblos del Sur, que experimentan grandes dificultades para mantener un mínimo equilibrio económico y financiero, se ven obligados a trabajar duro durante décadas. Al final les toca a ellos pagar las pérdidas de la operación de los banqueros neoyorquinos. En realidad, lo que se presenta como una operación de perfusión que el FMI practica con respecto a los países debilitados no es más que una transfusión que extrae las energías de esos países en beneficio de un vampiro insaciable cuya sede se encuentra en Wall Street.

Los escándalos financieros de las grandes multinacionales surgidos estos últimos años refuerzan todavía más este clima de desconfianza y de degradación deontológica. En el centro del sistema, en Estados Unidos, la duda empezó con el salvamento del fondo LTCM (Long-Term Capital Management) para el que la Reserva Federal movilizó en un día varios miles de millones de dólares. La corrupción desvelada al comprobar las cuentas de sociedades como Enron, World Com, Vivendi, Telecom y muchas otras, y el hecho de que, al hacerlo, saliera a la luz la complicidad de los grandes gabinetes de auditoría y de las agencias de clasificación que han ayudado a sus clientes a falsificar sus cuentas por valor de decenas de miles de millones de dólares, sólo pueden arruinar la

confianza de los inversores. De esta forma, el sistema neoliberal triunfante ha sido herido en el corazón mismo de su dispositivo.

Pero, más allá de Estados Unidos, de Europa o de Japón, la corrupción de los gobernantes ya no es una excepción. Se ha convertido en la regla. Y en todo el planeta, los sistemas mafiosos, únicos capaces de imponer una lealtad mediante la intimidación, son los que aparentemente más se han beneficiado, a lo largo de las dos últimas décadas, de la nueva coyuntura internacional, y vemos cómo las relaciones inhumanas ocupan el lugar de las relaciones humanas.

A medida que acumulamos progresos económicos, científicos y técnicos, parece disminuir nuestro control sobre nuestro entorno. Las crisis a las que nos enfrentamos en los diversos ámbitos del saber, de las relaciones internacionales, de la economía, de la política y de la cultura, ponen de manifiesto la creciente complejidad de nuestro sistema. Las “burbujas” que se encuentran en el origen de la crisis del mercado financiero constituyen la manifestación de esta complejidad, superando el límite de lo que pueden abarcar nuestros instrumentos de control, en términos de capacidad de arbitraje y de volumen de información. Expresan la vulnerabilidad de todo nuestro sistema frente a las manipulaciones, a las desinformaciones, así como las dificultades que tenemos para preverlas. Son consecuencia de una coyuntura en la que los operadores están abocados a alimentar esperanzas no fundadas para atraer a los inversores antes de expoliarlos cuando no se puede evitar que la burbuja estalle.

En realidad, en los años setenta asistimos a una descomposición del mundo tal y como estaba fundado desde el siglo XIX y como se había perfilado a raíz de las dos guerras denominadas mundiales de 1914 y de 1945, es decir, el mundo del capitalismo, del Estado-nación y del liberalismo. La globalización surgida para responder a los nuevos desafíos y para favorecer la recomposición del mundo sobre nuevas bases –integración de los mercados susceptible de aumentar el rendimiento de las inversiones y el desarrollo de los intercambios transnacionales de todo tipo– ha generado en todo el mundo y en el seno de las sociedades más contradicciones y tensiones de las que ha sido capaz de absorber.

LA RESTAURACIÓN DE LA CONFIANZA ENTRE ECONOMÍA Y CULTURA

Si la universalización de la desconfianza puede explicarse por las continuas conmociones que ponen en cuestión todas las reglas sobre las que se basaba nuestra vida mundial, el interés que el mundo económico, político y cultural presta a la cuestión de la confianza se alimenta de dos fuentes. La primera es la toma de conciencia, al margen de

la revolución informática, de la importancia del concepto del capital inmaterial y de su papel decisivo en la reproducción del sistema, social o internacional, junto al capital material que ha acaparado, hasta hace muy poco, toda la atención de los analistas del sistema económico y político del capitalismo. La segunda es el surgimiento, al margen del proceso de integración de la globalización, de una sociedad mundial real y solidaria que ha encontrado en la oposición a la guerra americana contra Irak los medios de cristalizarse.

En efecto, de la misma forma que el estancamiento de la economía mundial en la crisis reorienta a los economistas hacia los aspectos psicológicos del comportamiento de los inversores y de los consumidores, así los estragos sociales y culturales de una mundialización neoliberal devastadora, que destruye las referencias tradicionales, requieren que se ponga en marcha una nueva forma de solidaridad y de cooperación, superando las fronteras de civilización, continentales, nacionales e ideológicas. Ésta refleja, como lo han puesto de manifiesto los movimientos denominados antiglobalización, pero todavía más las manifestaciones planetarias contra la solución militar en Irak y a favor del respeto de la legalidad internacional y del multilateralismo, la toma de conciencia por parte de amplios sectores de la opinión mundial respecto a los nuevos peligros. Éstos son, en efecto, resultado de la convergencia de un movimiento de extensión de las únicas actividades generadoras de beneficio en las diferentes esferas de la existencia con la emergencia y la afirmación de una voluntad hegemónica imperial sobre el conjunto de los mundos propiamente humanos.

Así, el fracaso del sistema de relaciones internacionales frente a los desafíos que conlleva la mundialización —pauperización, fracaso del despegue económico, agravamiento de las desigualdades entre clases y naciones, amenazas de las armas de destrucción masiva, plagas sanitarias, tráfico de drogas y de armas— a la vez que agrava el déficit de confianza global, hace nacer la esperanza en un mundo mejor fundado en el derecho y en el respeto al ser humano. Favorece el desarrollo de una conciencia colectiva común transnacional, con impulsos de solidaridad y de convergencia de intereses cada vez más poderosos. Estos impulsos se ven asimismo fortalecidos por la toma de conciencia de las derivas y de los puntos muertos a los que ha conducido el principio de la soberanía de los estados, instrumentalizado a escala internacional por las grandes potencias para justificar el establecimiento de un nuevo orden imperial y por las elites corruptas de los países del Sur para hacer perdurar regímenes de dictadura más o menos sanguinarios.

Una vez dicho esto, es propio de todo sistema establecer, entre los elementos que los componen, lazos de cooperación y de intercambio indispensables para el cumplimiento de las diferentes funciones de las que depende su supervivencia. Es asimismo la condición de la fecundación de las diversas contribuciones y de la multiplicación de la energía lo que hace que el conjunto sea a la vez diferente y superior a la simple suma de los elementos que la constituyen. El conjunto de los recursos morales, intelectuales y sociales (asociaciones, normas y valores, actitudes, etc.), que crea y favorece la actitud de cooperación y de colaboración entre individuos con orígenes y caracteres diferentes, constituye un capi-

tal al que me gustaría denominar capital inmaterial para diferenciarlo del capital físico, económico y financiero. Este capital genera muchas ventajas que el miembro de una comunidad obtiene de las interrelaciones que consigue establecer con otros miembros o individuos. En este capital, la confianza constituye el factor más activo. Es el fundamento de cualquier formación de una sociedad civil. De esta forma, al igual que el valor del capital inmaterial, es decir moral, político y social, se mide por el alcance de la confianza que es susceptible de generar y que se transforma en solidaridad, ayuda mutua, flexibilidad, tolerancia, elementos fundamentales para todo vínculo social, de la misma forma la validez de un sistema depende de la calidad de su capital inmaterial. Este capital es el que marca la diferencia cuando las condiciones materiales son más o menos equivalentes. La confianza que se manifiesta a través de la aptitud espontánea para cooperar entre los miembros de un sistema social o internacional, reduciendo las posibilidades de choques y de conflictos, refuerza el rendimiento económico, político y cultural y aumenta, por lo tanto, la competitividad. Actuando como factor de regulación interna gratuito y espontáneo, la confianza favorece la aparición de actitudes económicas y políticas positivas y ejerce por ello un impacto directo sobre el coste de la producción y de la reproducción de las sociedades. La confianza constituye así una plusvalía inmaterial que sanciona el buen funcionamiento de un sistema y contribuye, a la vez, a legitimarlo y a hacer progresar igualmente el capital inmaterial y social.

Los dos elementos sobre los que se basa la confianza o la aptitud espontánea para cooperar entre los individuos o los estados son la capacidad de previsión y la constancia o la fiabilidad generadas por una ética de responsabilidad y un saber viable.

Así, para confiar en alguien o en algo, es necesario que el individuo esté seguro de lo que le espera cuando actúa de una u otra forma. Esta capacidad de previsión depende esencialmente de la existencia de un conjunto de valores y de normas compartidas, es decir de un código común respetado por todos. La confianza se reduce sensiblemente entre individuos cuyos valores no tienen nada en común.

Pero no depende únicamente de elementos subjetivos fruto de la educación. Tiene, también, una base objetiva vinculada al saber racional. Se confía más en el porvenir o en un acontecimiento en la medida en que se conoce mejor las causas y los efectos de su desarrollo. De esta forma, nuestra confianza en nosotros mismos, como individuos y comunidades, y en nuestro mundo aumenta a medida que se desarrolla nuestra conciencia moral y que avanza nuestro conocimiento objetivo sobre el que fundamos nuestra realidad social y nuestras instituciones.

Por lo que respecta a lo que aquí nos ocupa, me parece que la agravación del sentimiento de pérdida de confianza que caracteriza nuestro mundo actual está ligado tanto a la crisis de valores que atravesamos como a la ruptura de nuestros modelos de pensamiento, ideológicos, políticos y económicos. Y ése es el origen de la corrupción de nuestras instituciones que parecen o bien desgastadas o bien superadas, y por lo tanto inadecuadas. Las rupturas subjetivas y objetivas son de tal calado que nos sentimos inca-

paces de captar el significado de los acontecimientos y el sentido de nuestros comportamientos mutuos. Ya no estamos convencidos ni seguros de lo que hacemos y de los resultados de nuestros actos.

La entrada en un mundo virtual e inmaterial nos pesa tanto como la apertura a un mundo global en el que el sentido de las fronteras, del territorio, de las culturas nacionales, de la economía material, de la propia historia tiende a desaparecer. La globalización nos proyecta en un mundo del que todavía ignoramos las bases, los mecanismos, las reglas de juego y el fin; el fracaso de nuestro sistema ideológico fruto de la Ilustración y fundado sobre la fe en el progreso y la razón nos deja desorientados y sin grandes capacidades de previsión. De esta forma, corremos el riesgo de no confiar ni en nosotros mismos ni en el mundo en el que vivimos.

El descrédito de los grandes sistemas ideológicos que nos han ayudado a orientarnos durante aproximadamente dos siglos, el liberalismo emancipador, el nacionalismo fundador de nuevos lazos de solidaridad, el socialismo y sus valores de equidad, nos deja prácticamente en el vacío. Al margen de la repetición de nuestras convicciones tradicionales en la democracia y los derechos humanos, ya no tenemos un proyecto social real, ni el proyecto de libertad, ni el proyecto de la equidad, ni siquiera el de la paz y el confort. Sólo tenemos el proyecto de supervivencia que obliga a someter todos los registros significativos de la existencia y de la actividad del ser humano a la única ley del consumo. Se ha dicho a menudo, a lo largo de estas últimas décadas, que los grandes relatos se han borrado, y con ellos la creencia en un porvenir colectivo, en beneficio de los relatos personales cada vez más parcelarios y fragmentados. Es el universo fragmentado de la posmodernidad.

Frente a esta visible pérdida de confianza en uno mismo y en el porvenir, parecen esbozarse dos opciones. La primera es la opción de los neoconservadores que pretenden instaurar la confianza mediante una rehabilitación forzada de los sistemas de valores, de las instituciones y de las realidades rotas o transformadas. Es la vía del integristismo religioso o laicista, político o ideológico, pero es también la vía de la guerra que, por la supremacía física que afirma, tranquiliza a los actores respecto a su posición y les da confianza en sí mismos, así como en su capacidad de controlar la realidad. Está claro que la guerra es la opción que han elegido los sectores de opinión menos abiertos, moral y políticamente, a las diversidades del mundo, los menos sensibles también a los aspectos positivos del cambio. Encerrados en sus sistemas de valores particulares, rechazan cooperar y pretenden apropiarse ellos solos de las ventajas creadas por la nueva coyuntura para mantener los equilibrios perdidos. La guerra que la Administración Bush se ha impuesto en nombre del desarme de Irak forma parte de esta opción que cuenta con restablecer la confianza de los operadores económicos, reforzar el crecimiento, y garantizar la paz y la seguridad mundial mediante la guerra preventiva o cautelar, que equivale simplemente al derecho de atribuirse un derecho excepcional de entrar en guerra en cualquier momento, contra cualquier enemigo y con cualquier objetivo. En realidad, esta reacción que nace de la desconfianza contribuye a su vez a agravarla.

Sin embargo, esta elección no debe hacernos olvidar los avances que la comunidad internacional ha realizado con motivo, en particular, de la insistencia de la Administración Bush en declararle la guerra a Irak contra la voluntad expresada de la mayoría de la opinión pública mundial, oficial y popular. Esta mayoría que se ha expresado a favor de la paz en Irak, y que se expresará en el futuro a favor de soluciones negociadas frente a todas las diferencias que enfrentan y que enfrentará a la comunidad internacional, incluido el ámbito económico, está trazando una nueva vía, la única susceptible de llevar a la paz y a la prosperidad y de asegurar al mundo su supervivencia. La restauración de la confianza perdida, ya sea en el plano nacional o en el plano internacional, depende en efecto de la realización de dos objetivos convergentes: 1) la aparición de una ética global que acerca a personas de culturas diferentes y las reúne en torno a un determinado número de valores humanos muy interiorizados, que sólo pueden ser valores de paz, de justicia, de libertad y de solidaridad; 2) el establecimiento de los marcos de negociaciones globales que vuelva a instaurar el multilateralismo y el desarrollo de los mecanismos de diálogo y de las lógicas de cooperación multiforme.

Una vez dicho esto, el retorno de la confianza, en las relaciones internacionales y en las relaciones sociales no se conseguirá únicamente con medios económicos ni con medios militares. Para concretarse, necesita que se fomente una nueva cultura que esté a la altura de la sociedad mundial que se está constituyendo, de su complejidad, de su diversidad y de los desafíos que no dejará de lanzarnos. También necesita un nuevo modo de organización regido por una racionalidad diferente de aquella que hace depender la defensa de los intereses nacionales de unos de la ruina de los otros y donde las lógicas de soberanías opuestas encuentran sus límites y sus fines en una lógica global sensible a la supervivencia de la humanidad y de la naturaleza, así como de los recursos humanos y naturales escasos y limitados. Por lo tanto, no será posible salir de la crisis de confianza de una comunidad mundial, traumatizada y cada vez más sumida en la anarquía, aferrándose a los viejos modos de pensar, de actuar y de gestionar, sino integrando las nuevas realidades, las de la globalidad y la cultura.

La confianza en sí mismo se deriva justamente de la conciencia que se tiene de disponer de los recursos necesarios para hacer frente a un tipo previsible de desafíos o de situaciones. Intentemos crear estos recursos, un verdadero capital de confianza a escala de la humanidad y mediante las experiencias positivas que reúnen al máximo número de personas de principios y que amplían la base de nuestra intervención requerida en todo el mundo. Tomando el ejemplo del movimiento de resistencia mundial frente a la guerra injusta e injustificada contra Irak, para salir de la desesperación y volver a darle al mundo la esperanza y la honestidad que se merece, sólo tenemos que multiplicar este tipo de movimientos de solidaridad y de defensa de los principios de justicia para restablecer el orden legal y el multilateralismo tanto a escala de la humanidad como en el seno de todos sus componentes.

Nota

1. La RAM describe las nuevas generaciones de armamentos, electrónicos, instrumentos de simulación, focalizados, de precisión, misiles guiados que serían menos nocivos para las poblaciones civiles.